

puede decir que la rama *deunmés* tuvo un papel muy importante en la laicización de Turquía. El sefardismo no es sólo un tipo de residuo de la diáspora del mundo ibérico, sino una influencia

que a menudo ha sido importante en el debilitamiento, la contradicción, la doble identidad y la pluridentidad.

Sefarad, más allá de la nostalgia

Esther Bendahan Cohen. Escritora y directora de cultura del Centro Sefarad Israel

La palabra *Sefarad*, que designa un lugar lejano de exiliados, se usaba para referirse a la península ibérica, mientras que los sefardíes eran quienes vivieron en dicho territorio y fueron expulsados en 1492. Muchos de ellos se fueron al norte de Marruecos, otros a Europa Oriental u Holanda, y otros decidieron quedarse y convertirse, pero pagaron por ello un alto precio. Todos guardaron una conciencia colectiva de pertenencia a una cultura, la sefardí, que ha pervivido con el paso de los siglos, aunque la lengua común, el judeo-español ya no se hable en casa. De ese exilio surgen, a través de los años, muchas figuras célebres como el escritor Albert Cohen, la filántropa y em-presaria Gracia Mendes o la poetisa Emma Lazarus, cuyos versos están grabados en el pedestal de la Estatua de la Libertad. Hoy en día, gracias a una serie de recuentos y aproximaciones fomentados por las vicisitudes históricas y políticas, es posible recuperar la memoria de esas comunidades sefardíes en sus diversas dimensiones. Dicha memoria forma parte de la riqueza española y, más allá de la nostalgia, conforma una de sus múltiples identidades.

¿Soy de Sefarad?

Cuando hablamos de Sefarad es importante recordar que la palabra viene en la Biblia y que se refiere a un lugar alejado —¿alejado de dónde?— donde están los exiliados de Jerusalén. En el capítulo bíblico de Abdías: 20 es donde por primera vez aparece la palabra Sefarad, refiriéndose al lugar donde están los judíos desterrados; de modo que el término designa un lugar alejado y de exiliados. Con el tiempo, pasará a designar a la península ibérica, mientras que el término *sefardíes* se refiere a quienes vivieron en ese territorio y fueron expulsados —de nuevo—. Estos mantuvieron una alianza con su historia. En 2015, tanto Portugal como España se propusieron otorgar un pasaporte a

estos exiliados que durante cinco siglos mantuvieron su identidad, si podemos hablar de identidad, cultura o memoria. Lo cierto es que, al integrarse en sus lugares de acogida, permanecieron unidos, a su vez, a su otro origen que se añadía al anterior, ligado a Jerusalén. Así, eran judíos con varias memorias vivas y activas que se complementaban.

Mi familia viene de Marruecos. Hablaban español, pero ese hecho nunca se consideró sorprendente a pesar de que lo hablaron durante siglos después de la expulsión. Algunos sefardíes fueron a Portugal y de allí a Holanda, e incluso participaron en la formación de Nueva York; otros se fueron al Imperio otomano, pero mis antepasados —Tetuán se formó por los llegados de Granada— llegaron a Marruecos.

Su español, la jaquetía —hablada por los sefardíes en el norte de Marruecos—, fue evolucionando, pero alejado del origen, e incorporó al español del siglo xv palabras del hebreo y el árabe. Sin embargo, somos afortunados, pues en lugar de ir nosotros a España, es España quien cruza hacia nosotros con motivo de las guerras en África, tal y como cuenta Benito Pérez Galdós en *Aita Tettauen*, en sus *Episodios nacionales*. Aunque no me reconozco en la novela ni reconozco a los míos en sus personajes, lo cierto es que se produce un encuentro entre unos y otros: «nos descubrieron». Y al descubrirnos, también nosotros los reconocimos. El escritor Ángel Pulido se sorprendió al escuchar ese español, en ese caso entre los de origen turco o tal vez búlgaro, porque todos ellos continuaron hablándolo. Quizá fueron las mujeres las encargadas de traspasarlo, pues no en vano era la lengua materna. Mi padre, Pinhas Bendahan Z"l, recientemente fallecido, ni me hablaba de Sefarad ni de que éramos judíos, no hacía falta, todo estaba relacionado con lo cotidiano, con el día a día. Lo somos, lo éramos, lo vivíamos sin necesidad de definiciones.

En contra de quienes proclaman el final de la cultura sefardí, de quienes creen que es algo del pasado, quiero señalar que hay una conciencia colectiva de pertenencia. Quizá fue el pasaporte portugués o español, o el hecho de que hay escritores sefardíes que están creando con interés en su pasado, actualizando su memoria. Lo cierto es que, querido Albert Cohen, querido Elías Canetti, no estáis solos. Lo mismo digo a mi admirado Edgar Morin, el más independiente de todos. Este escritor centenario es un ejemplo de la complejidad de una identidad que huye de definiciones pero que se reconoce a sí misma.

En mi caso ha sido un aprendizaje. Me reconocí como escritora a la vez que como sefardí. «Eres una escritora sefardí», me dijo Moisés Benarroch. Me sabía parte de esa complejidad. Y llegó la escritura.

Moisés Benarroch nació en Tetuán, Marruecos, y desde 1972 reside en Jerusalén, ciudad en la que ha escrito treinta obras de narrativa y poesía en hebreo y en castellano, entre las que destacan *En las puertas de Tánger*, *Mar de Sefarad*, *Llaves de Tetuán*, *Coplas del inmigrante*, *Amor y exilios* y *Lucena*, que ha ob-

tenido el Premio Amijay y el Premio Levi Eshkol. En su poesía y sus novelas hay humor inteligente, añoranza y enfado creativo que observa con asombro que una vez que uno se marcha, cuando deja el lugar de nacimiento —él se fue con trece años de Tetuán, yo antes—, parece imposible conectar de nuevo con un sentimiento que no sea de búsqueda unido a la imposibilidad de ser ya de un lugar. La pertenencia es una palabra vacía para nosotros, hijos del camino. ¿Lo fueron también nuestros padres en su infancia?

Moisés Benarroch, que venía del mismo lugar que yo, fue quien me regaló la pertenencia a la escritura. Su reconocimiento me permitió asentar la idea de un nuevo territorio y la certeza de que teníamos en común una actualización personal y singular; cada uno a un lado del mar, con las enormes diferencias que suponía volver a España y volver a Israel. Como decía el poeta Herbert Pagani, quien nos influyó de jóvenes, éramos palestinos de hace mil años, pero hablábamos español y teníamos ese carácter entre emocional y racional que caracteriza a las gentes de Castilla. Palpábamos el exilio. Él llegó como marroquí, mientras que yo viajé a Israel como española y sefardí. Y cuando una vez en una playa de Tel Aviv un señor como los hay en cualquier playa me dijo que no quería que sus hijos fueran al colegio con marroquíes, comprendí el enfado de mi amigo, porque eres también como te ven los demás. En Israel, Sefarad se confunde con oriental. A veces nos enfadamos, ¿y esa no es también una actitud egocéntrica? Sí, pero es verdad que también hay mucho, mucho de oriental en Sefarad, mucho humor y un diálogo permanente con el Otro. Yo, que me siento heredera de Albert Cohen y de Isaac Bashevis Singer, no sabría decir si hay en los escritores sefardíes características diferentes o bien todos participan de lo que se llama, según Alain Finkielkraut, la nostalgia del paraíso común. Creo que, de algún modo, en todos puede reconocerse la huella española, la huella de la salida, de la Inquisición. Quedaron muchos que se convirtieron, y esos conversos influyeron, a su vez, en la cultura del interior. Sin embargo, ellos no eran sefardíes sino españoles, aunque en realidad fuera lo mismo. El discurso literario de Albert Cohen es un diálogo con un interlocutor europeo que, de algún

modo, es un antisemita —no llega a hablar con el nazi, quizá porque, como dice Mihail Sebastian, es inútil—, y quiere seducirlo para que comprenda que el judaísmo y los judíos son Europa, tan humanos como él. Así, crea un personaje paradigma del judío europeo en el que muestra cómo Europa padece un grave problema: la xenofobia, el antisemitismo que renace. Trae un tema de máxima actualidad.

Oh vosotros, hermanos...

Albert Cohen se reconoce a sí mismo como parte de Sefarad, se burla de los «comedores de carpa», los asquenazíes—judíos con origen en Centroeuropa—, y se siente parte de los que sufrieron la Inquisición. Además, en su personaje Solal, protagonista de la novela homónima, vemos un reflejo de los conversos, los judíos que judaizaban en secreto porque en la modernidad no es fácil ser judío y occidental. Cohen fue un escritor nacido en Corfú y diplomático en el *Bureaux International du Travail*, en Ginebra, que se interrogó sobre Europa respondiendo con un peculiar: «Escucha, Europa». Ofrece dos respuestas, una en el ámbito diplomático, mediante la creación del pasaporte para refugiados, y otra literaria. Su obra, desde *Oh vosotros, hermanos humanos* hasta *Bella del Señor*, es un diálogo con Europa, a quien quiere seducir para ser amado mediante la verdad, el humor y la teatralización de los sentimientos, en una obra donde la mujer y la pasión amorosa funcionan como símbolo.

Asquenazíes y sefarditas son europeos y judíos con lenguas diferentes y variaciones en cocina y en algunas tradiciones, pero son europeos con el mismo origen. Dice Robert Mishrahi en *La condición reflexiva del hombre judío*: «El sujeto judío de la primera generación se halla, por naturaleza, escindido y desdoblado entre las dos culturas con que se encuentra en su vida... Afectivamente desgarrado entre las dos partes de sí mismo; interiormente él es una especie de mirada dinámica y de movimiento especulativo situado frente a dos términos exteriores también a sí mismo: la sustancia no judía es el Ser que él no es aún, pero hacia el cual se esfuerza con el mismo

movimiento mediante el cual desea alejarse de la religión judía, como Ser que ya no es».

El desgarramiento, el desdoblamiento en nosotros mantiene dos niveles: uno inmaterial y narrado, el pasado de un exilio; el otro el de las narraciones familiares, algo más íntimo. En el siglo pasado aparece la realidad de Israel, lo que para muchos judíos supuso un cambio. ¿Irse o quedarse? Los judíos de los países árabes también tuvieron que abandonar sus países, como los que huyeron de los pogromos o del nazismo. Muchos de ellos eran también sefardíes como los de Marruecos, otros no. Es necesario hablar de esa gran marcha, de ese abandono, para poder vivir sin peligro. La reducción de la población judía en estos países es un testimonio de las persecuciones y los abusos sufridos: el caso de Irak es un ejemplo, quizá el que tenía una población más activa. Las ciento cuarenta mil personas judías se redujeron a dos. Egipto pasó de ochenta mil a apenas unos pocos. Esa gran marcha, que rompió siglos de permanencia y cultura en esos países, fue tan significativa como la expulsión de España.

Así, no solo en Europa hubo desplazamientos y emigración, pues también los judíos de estos países del sur tuvieron que exiliarse. Sin embargo, es algo que viene sucediendo a lo largo de los siglos. Venimos de Sefarad, pero quienes vivieron en Sefarad viajaron hacia otros lugares, como Maimónides, que llegó a Fez y luego a El Cairo. Él es uno de los pensadores sefardíes más importantes, que ha dejado su huella en todo el pensamiento judío. Otro caso es el del poeta Yehuda Halevi, nacido en Tudela y fallecido en Jerusalén, que escribió: «Mi corazón está en Oriente y yo en los confines de Occidente /¿Cómo voy a encontrar gusto en los manjares y disfrutarlos? /¿Cómo voy a cumplir mis votos y promesas, si sigue Sion bajo el poder cristiano y yo sometido a los árabes? /¿Qué fácil sería para mí abandonar todo el bien de Sefarad! /¿Qué maravilloso contemplar las ruinas del Santuario destruido!».

Así, al hablar de Sefarad, ¿no hablamos de viaje, de influencias culturales, de rupturas de fronteras? Lo importante es una voluntad firme para mantener el vínculo. Cada semana, en sábado, se lee un capítulo de la biblia *Perasha*, junto con otro del libro de

profetas *Aftará*. Me sorprendió darme cuenta de que el párrafo bíblico que se lee cuando aparece por primera vez el nombre *Israel* coincide con la lectura del capítulo correspondiente en el que aparece la palabra *Sefarad*, como si hubiera entre ambos textos una conexión, un encuentro indicador de una realidad de futuro. Así, no es sorprendente que dos mujeres admirables, sefarditas de épocas distintas, pensarán que Israel resolvería el problema de las persecuciones y los exilios. La política y filántropa Gracia Mendes Nasí y la poetisa Emma Lazarus son de origen español porque así lo pactaron ellas mismas con su memoria, así se sintieron. Son, además, ejemplo de esa cultura múltiple ligada a España, pero no solo a España.

Sefarad en femenino

La expulsión de los españoles judíos en 1492 se debió, entre otras causas, a motivos económicos como la apropiación de bienes, lo cual supuso la percepción de la fragilidad del patrimonio. Así aparecieron nuevas fórmulas para mantener las ganancias. Los exiliados influyeron en la transformación del comercio internacional, impulsando un primitivo sistema financiero que debía sostenerse según otros principios que permitieran la movilidad de la riqueza y la protección de un patrimonio inmaterial. Un ejemplo sorprendente fue el de Gracia Mendes, también conocida como Gracia Nasí, antes Beatriz de Luna, la Señora, a quien Cecil Roth dedica un libro donde cuenta su importancia en el mundo financiero: *Dona Gracia. The House of Nasí*. Recordemos también a Joseph de la Vega (Córdoba, 1650 - Ámsterdam, 1692), comerciante y escritor judío español del Siglo de Oro que se fue a Holanda y, como muchos otros judíos conversos, se dedicó a judaizar. Así, lo consideraban culpable, como a la familia de Spinoza. Joseph de la Vega escribió en el español de entonces lo que se considera el primer libro sobre la bolsa: *Confusión de confusiones: diálogos curiosos entre un philosopho agudo, un mercader discreto, y un accionista erudito, describiendo el negocio de las acciones, su origen, su ethimologia, su realidad, su juego, y su enredo*.

Pero volviendo a la Señora, la familia Mendes y la familia Nasí abandonaron Portugal por la presión de la Inquisición, pues hasta allí había llegado desde esa nueva España unida por los Reyes Católicos. El decreto que obligaba a los judíos a marcharse era firme. Muchos deciden convertirse para quedarse —aunque esta opción no se daba en el decreto, tampoco se impedía—; de este modo evitan el drama del exilio y la pérdida de bienes, pero luego son objeto de una cruel persecución. A los conversos —los marranos, como se les ha llamado despectivamente— se los considera sospechosos de criptojudaismo, es decir, de mantener en secreto sus creencias, por lo que la ley de la Inquisición castiga entonces a todo aquel que considera un mal cristiano. Es un tiempo de denuncias y persecuciones, de juicios que han quedado bien detallados para su vergüenza. Aquellos cristianos nuevos, como se les llamaba, además de sentir miedo, se sabían vigilados, acosados. La vigilancia la ejercían los buenos vecinos, los amigos, y siempre eran culpables, ningún lugar era seguro. Algunos de ellos, además, es cierto que eran traidores porque mantenían sus creencias. ¿Cómo renunciar a ellas? Algunos, los que se quedaron para proteger a sus familias y su patrimonio, no sospecharon que al quedarse caían en una perversa trampa.

En ese ambiente nace en Lisboa en 1510 Beatriz de Luna, de la familia Nasí, familia judía de origen aragonés. Se casa con Francisco Mendes a los dieciocho años, uniéndose así dos casas que han podido mantener una importante fortuna, además de su fe judía y sus tradiciones en secreto. Como dice Cecil Roth de la Señora, «sus ancestros debían de estar penetrados por un espíritu religioso de una fuerza excepcional».

Como sucedía a menudo en ese tiempo de ignorancia, tras una epidemia de peste en 1506 se buscó un culpable, por lo que fueron asesinadas cientos de personas a quienes se acusó de judaizar.

Beatriz tuvo una hija a quien llamó Brianda, Reyna, como su hermana, pero justo en el mismo año en el que por mediación de España se introduce la Inquisición en Portugal muere Francisco, su esposo, dejándola como heredera y responsable de su patrimonio: «Así, en un tiempo de mujeres fuertes, ella

fue una de las más influyentes y quizá la mujer más brillante de la historia judía», apunta Roth.

Viaja a Amberes con su hija, y es importante señalar, aunque sea brevemente, que tanto sus sobrinos como su cuñado respetan su autoridad en los negocios, siendo ella la principal autoridad en la toma de decisiones. Así mantiene y acrecienta su fortuna, dedicada al comercio de piedras preciosas, las especias y la banca. En Amberes toma contacto con otros sefarditas. Esa comunidad de conversos mantiene una alianza que permite crear una red comercial de confianza. En Ferrara obtiene permiso para seguir ampliando su red comercial mediante una dispensa de las limitaciones que la ciudad imponía a las mujeres.

Fue la única mujer en la Ferrara del siglo XVI que pudo gestionar sus empresas. Le interesa su cultura, por lo que emprende un proyecto como mecenas: la publicación de la *Biblia de Ferrara* (1533), traducción de la Biblia al judeoespañol. La obra da al judeoespañol presencia y autonomía, contribuyendo a su difusión. La Señora también manifiesta su interés por la educación y la cultura apoyando a autores como Alonso Núñez de Reinoso, autor de la novela *La historia de los amores de Clarea y Florisea*; Samuel Usque, autor de *Consolação ás Tribulações de Israel* (1533) o Bernardim Ribeiro y su novela *Menina e moça* (1554). Como en Ferrara hay tensiones entre las distintas comunidades judías, termina decidiendo viajar a Constantinopla para quedarse a vivir allí con su hija.

En Constantinopla participa del círculo íntimo del sultán Solimán el Magnífico. Su fuerte compromiso resulta palpable si examinamos el momento en que el papa Pablo IV condenó a la hoguera a veinticinco personas judías en Ancona: entonces la Señora organizó, con ayuda del sultán, un boicot al puerto de la ciudad, desviando la entrada de productos que llegaban de Oriente al puerto de Pesaro.

En parte por esta constante situación de fragilidad y vulnerabilidad de su pueblo y también por una idea espiritual del retorno a Sion, con ayuda del sultán organizó un asentamiento en la región de Tiberíades —que en ese momento pertenecía al sultán— a cambio de una gran suma de dinero e impuestos especiales. Así, este se convirtió en un espacio para el

estudio hasta hoy. Se puede decir que la idea sionista del retorno tiene también este lado sefardí: si bien nunca dejó de haber una presencia judía en Palestina, la idea de formar una comunidad para la supervivencia tuvo entre los sefardís un especial principio. Allí vivieron grandes personajes como el rabí Isaac Luria y se desarrolló la cábala, que tuvo su origen en España.

Pero ¿habrá alguien que nos recuerde dentro de mil años?

La frase «Pero ¿habrá alguien que nos recuerde dentro de mil años?» da comienzo al libro *Viaje al fin del milenio*, del escritor israelí sefardí Abraham B. Yehosúa. La acción del libro se desarrolla al inicio del año 1000, según la cuenta occidental. Cuando leí esta frase, trabajaba en la publicación de un libro sobre Emma Lazarus y en sus textos. Publicar sus poemas por primera vez en español era un reto importante. Y me di cuenta de que, mientras nosotros recordábamos a esta poeta del siglo XIX que vivió en Nueva York pero que se sabía sefardí, ella, a su vez, había recordado a otros grandes poetas sefardíes como el milenario Ibn Gabirol, a quien tradujo al inglés. ¿Qué impulsa a esta mujer joven a leer a este poeta? Sobre todo, hay que señalar que los expulsados, lejos del rencor, mantienen la cultura. Emma dice de sí misma que es, por encima de todo, poeta, y forma parte de esa línea judía de lectores que rompen distancias temporales para encontrar esas influencias de las que habla Harold Bloom en textos de autores distantes, pero con quienes de alguna manera se vinculan como parte de una genealogía; vínculo que da la herencia, la familia, la pertenencia, la identidad, una identidad abierta. En Emma vemos una especial relación con la historia y su memoria en Sefarad, es decir España, y con los sefarditas, siendo ella parte de esos exiliados que llevaron esa pertenencia desde España y Portugal al llamado nuevo mundo. El judaísmo como civilización, sus libros y tradiciones, junto con Israel, es el otro ángulo del triángulo que, como uno de los que forman la estrella de David, son la materia estelar que conforman sus versos. Es poeta porque su impulso y deseo es servir al texto, y así lo

vieron quienes la rodeaban, como el poeta Ralph Waldo Emerson, a quien Emma dedica el largo poema *Admetus: To My Friend, Ralph Waldo Emerson*, que comienza: «Él, que podría resistir al león en su guarida». Es también líder y activista social porque no es indiferente al sufrimiento. No se desvincula del dolor de los que considera su pueblo como metáfora de todos los sufrientes de la tierra. En sus artículos, antes del sionismo político que lleva a la necesidad de la construcción del Estado de Israel, ella ya piensa en la necesidad de un lugar donde los judíos de todo el mundo puedan vivir sin necesidad de justificarse, sin peligro. Allí comienza su compromiso doble con la escritura y con el dolor de los exiliados.

Pero ¿qué es ser sefardí? En España hemos visto el renacer de los estudios genealógicos en busca de antepasados para obtener el pasaporte español. En el siglo XIX hay varios acontecimientos determinantes que abren puertas a un encuentro, el cual coincide con el establecimiento del Protectorado de Marruecos y el descubrimiento de las comunidades sefarditas que mantienen el idioma que se llevaron en su exilio. En 1905 se publica el libro *Españoles sin patria y la raza sefardí* de Ángel Pulido, y en 1924, entre otros importantes acontecimientos culturales, se promulga el decreto de Miguel Primo de Rivera, que establece un plazo de seis años para que los antiguos protegidos españoles por el régimen de capitulaciones —entre los que se encontraban muchos sefardíes— soliciten la nacionalidad. Años más tarde, el decreto del 29 de abril de 1931 facilita a los sefardíes del Protectorado obtener la nacionalidad tras dos años de residencia. Nadie podría imaginar que un pasaporte español permitiría salvar la vida a europeos bajo la ocupación nazi, gracias a los diplomáticos españoles que hicieron esa labor.

Recientemente, la ley de 2015 permitía obtener el pasaporte aportando datos que demostraran ese arraigo con España y ser descendientes de los expulsados. Sin duda Emma Lazarus podría haber demostrado su arraigo a partir de sus textos publicados y de su vínculo como parte de esa descendencia. En sus textos, como vemos a continuación, recuerda a grandes autores: «Samuel ha-Nagid, el Príncipe (fallecido en 1055),

nominalmente primer ministro, pero que prácticamente fue el regente de Granada durante treinta años, bajo dos reyes consecutivos; Moses ben Ezra y Yehuda Halevi, poetas de primera fila, de los cuales Heine tomó gran parte de su inspiración; Ibn Gabirol, más conocido por su nombre español Avicebrón, poeta y filósofo, en cuya obra se encuentra el germen del sistema de Spinoza y cuyos poemas sublimes se han incorporado a todo rito judío, junto con los salmos y las profecías de Isaías; y el último y más grande de todos, Maimónides, médico del sultán Saladino, “la gloria del Oeste, la luz del Este, el águila de la Sinagoga, el Segundo Moisés”. Tales hombres hacen brillar a la humanidad, y estos son solo los más eminentes de un listado largo y espléndido, por lo que recomiendo a mis lectores *La historia de los judíos*, de Heinrich Graetz».

Esta escritora sefardí, nacida en 1849 en Nueva York en una de las familias sefardíes asentadas en la ciudad, escribió en 1883 el poema *The New Colossus*. Este poema, que está en el pedestal de la Estatua de la Libertad, lo escribe para buscar fondos que permitieran terminar la obra y, paradójicamente, se convierte en el emblema que da sentido a la estatua. Así, sus textos forman parte de esa escritura transnacional, parte del cuerpo de la *migritud*, neologismo acuñado por Leonardo Senkman para nombrar una suerte de simultáneo circuito circulatorio de escrituras de la diáspora, en este caso judía.

No es nostalgia, llegó el pasaporte

Creo firmemente que nada de Sefarad es ajeno al judaísmo ni nada del judaísmo es ajeno a Sefarad. Se trata de una parte de la historia de los judíos, heredera a la vez de Canetti y Singer. Sí, a pesar de ser uno sefardí y otro asquenazí. El caso simbólico de este cruce es el poeta Juan Gelman, cuyos familiares llegaron desde Europa hasta Argentina. Gelman escribe *Dibaxu* en busca de ese español, del judeoespañol, influido por la escritora Clarisse Nicoïdski. Así se acercó al judaísmo de su lengua buscando el espíritu del pasado que pervive en la palabra, llenándola de significados y sonidos. Porque la palabra es fluida, es a

la vez sólida en los instantes del habla y líquida en su relación con las épocas. Ese cruce permite decir, en mi opinión, que hoy pervive ese sentimiento relacionado con el pasado judío de España en muchos judíos de diversos orígenes que hablan español.

La sefardí es una identidad transnacional y trastemporal. Aliándose precisamente con el tiempo, Pierre Assouline obtuvo la nacionalidad española y escribió un libro, *Regreso a Sefarad*, donde narra su experiencia. La ley de 2015 abrió la posibilidad de obtener el pasaporte español y supuso una oportunidad, aunque también nos enfrentó a la realidad de las dificultades del cruce de la memoria que sobrevuela la historia. Había que demostrar la procedencia de la tierra quinientos años después. Mientras unos consiguieron documentos a través de sus comunidades judías, otros buscaron sus orígenes gracias al estudio de su genealogía. Se tomaron varias decisiones administrativas, como que el proceso concluyera en España con la firma de un notario español. Se abrió el proceso en línea gracias a una aplicación del Ministerio de Justicia donde se obtenía un número, y a partir de ahí se iban adjuntando los documentos requeridos a medida que se conseguían. Quienes tienen su número aún pueden seguir el proceso aunque no lo hayan concluido, porque el plazo para iniciar la aplicación terminó al cabo de dos años. Antes los sefardíes podían obtener la nacionalidad por una vía especial llamada carta de naturaleza, como los latinoamericanos, demostrando llevar dos años en el país. Así, muchos son ahora españoles, muchos que ya ni siquiera estaban vinculados al judaísmo, porque la ley trataba de sefardíes, no de judíos sefardíes, y muchas comunidades se asimilaron y perdieron su conexión religioso cultural.

Hoy miles de españoles nuevos han recuperado un documento que acredita y da pasaporte a su memoria. Así podemos hacer frente al pesimismo sobre este mundo sefardí, a pesar de que la lengua, el judeoespañol, tanto en la variante jaquetía como en la de los Balcanes, se ha dejado de hablar en casa, como señala la escritora Myriam Moscona. Yo creo que vive de otro modo, no agoniza eternamente, sino que vuelve a la misma línea temporal de su origen, porque los que se fueron lo que querían era hablar el mismo idioma que hablaban en este país, pero la expulsión los alejó y expulsó también su lengua, que era la de todos. Hoy podemos reencontrar tanto la lengua como a los expulsados, así que siempre quedarán en el interior de Sefarad esos sonidos, esa densidad de significados de sus palabras. Corresponde a España, además de darles un pasaporte, dejar entrar a sus poetas, sus científicos, sus miembros del pasado para que encuentren de nuevo su lugar en ese vacío que quedó cuando se fueron. No quiero olvidar a los asesinados en la Shoah, pues en algunos lugares como Salónica se asesinó una parte importante de las comunidades judeoespañolas. Ahora me reencuentro con Moisés Benarroch, Margalit Matitiahú, Myriam Moscona, Jacobo Sefamí, Shlomo Aviyu, Denisse Leo o Cynthia Gabbay, y desde diferentes países hablamos la misma habla —así dice mi admirado amigo y profesor Yaacov Bentolila que es mejor llamar a la jaquetía—. Acabo de recibir la antología *Abril en Sefarad* con textos de todos ellos, y sí, seguimos aquí, sabiendo que el *aquí* es más allá de un lugar.

Sefarad continúa ahora su camino cerca de España, por lo que más allá de la nostalgia, es una más de sus identidades.